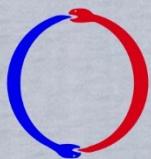
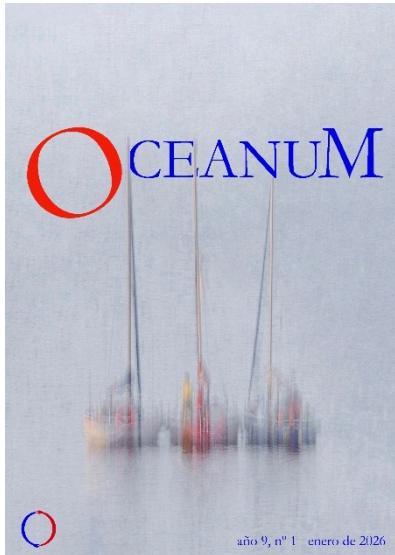


OCEANUM



año 9, n° 1 enero de 2026



ISSN 2605-4094

OCEANUM
Revista literaria independiente
Año 9, nº 1
Enero de 2026

Editada en Gijón (Asturias) por
Miguel A. Pérez García
revista@revistaoceanum.com

Dirección:

Miguel A. Pérez
Miguel@revistaoceanum.com

Comité editorial:

Pravia Arango
Javier Dámaso
Osvaldo Beker
Pilar Úcar Ventura
Augusto Guedes
Diego García Paz

Corrección de textos:

Andrea Melamud
correcciontextosam@outlook.com

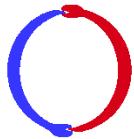
Página web:

www.revistaoceanum.com
Sara@revistaoceanum.com

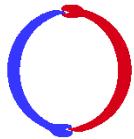
Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio de los contenidos de la presente publicación sin los permisos expresos de la revista y de los autores correspondientes.

Las opiniones vertidas en cada artículo como ejercicio de la libertad de expresión son propias de su autor y en modo alguno identifican a la revista *Oceanum*, al Comité editorial o a los demás autores.

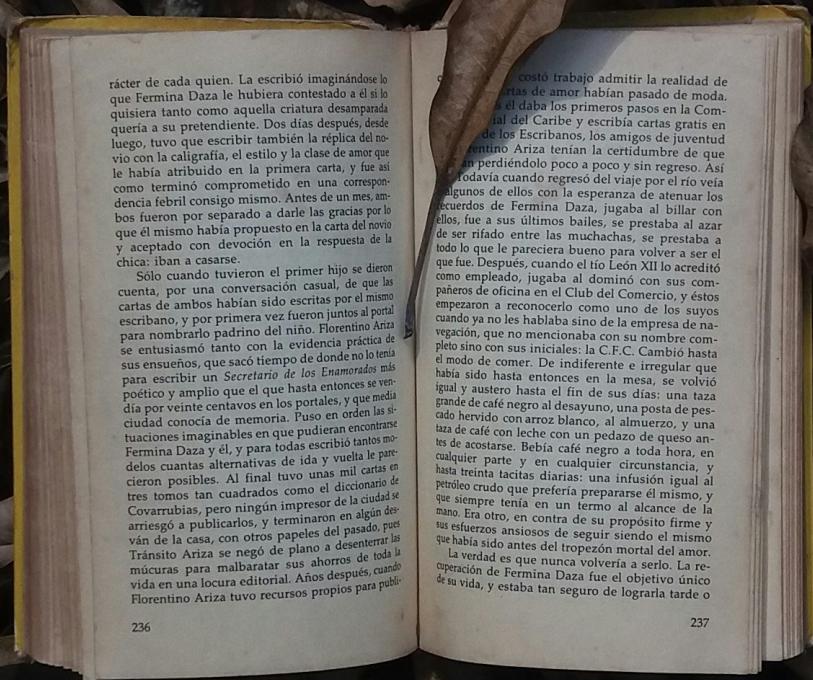
Suscripción a la revista: suscripcion@revistaoceanum.com



6	La galera	
	Entrevista a Juan Bautista Durán	Ginés J. Vera
	Hablamos sobre <i>Comerás flores</i> en “La revoltosa” (Gijón)	Pravia Arango
15	Dentro de una botella	
	Leonardo da Vinci: un saber completo para comprender la esencia del derecho	Diego García Paz
	Huellas de James Joyce en el legado de Dámaso Alonso en la Biblioteca de la Real Academia Española	Pilar Egoscozábal
32	Estelas en la mar	
	Con el poeta Juan Alcaide	Encarnación Sánchez
35	¡Avante toda!	
	Propósitos librescos...	Pilar Úcar
39	La estrella polar	
	Frankenstein: vayamos por partes	Miguel A. Pérez
49	El grumete	
	La TIA de Ibáñez	Goyo
53	L'imperceptible écume	
	Sophie Marie van der Pas	Miguel Ángel Real
58	Outros mares	
	Unha praia	Augusto Guedes



61	Espuma de mar	
	Premios y concursos literarios	62
	Con un toque literario	Goyo
	Noticias breves	66
68	Gran Sol	
	<i>Frankenstein o el moderno Prometeo</i> (fragmento)	Mary Shelley
101	Nuevos horizontes	
	Recuerdito austriaco	Osvaldo Beker
	África me cambió	Ginés J. Vera
	Ludovico	Isaías Covarrubias Marquina
	Después oyó a otra persona	Miguel Quintana
120	Créditos de fotografía e ilustración	

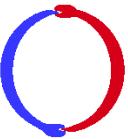


rácter de cada quien. La escribió imaginándose lo que Fermina Daza la hubiera contestado a él si lo quisiera tanto como aquella criatura desamparada quería a su pretendiente. Dos días después, desde luego, tuvo que escribir también la réplica del novio con la caligrafía, el estilo y la clase de amor que le había atribuido en la primera carta, y fue así como terminó comprometido en una correspondencia febril consigo mismo. Antes de un mes, ambos fueron por separado a darle las gracias por lo que él mismo había propuesto en la carta del novio y aceptado con devoción en la respuesta de la chica: iban a casarse.

Sólo cuando tuvieron el primer hijo se dieron cuenta, por una conversación casual, de que las cartas de ambos habían sido escritas por el mismo escribano, y por primera vez fueron juntos al portal para nombrarlo padrino del niño. Florentino Ariza se entusiasmó tanto con la evidencia práctico de sus ensueños, que sacó tiempo de donde no lo tenía para escribir un *Secretario de los Enamorados* más poético y amplio que el que hasta entonces se vendía por veinte centavos en los portales, y que media la ciudad conocía de memoria. Puso en orden las situaciones imaginables en que pudieran encontrarse Fermina Daza y él, y para todas escribió tantos modelos cuantos alternativas de ida y vuelta le parecieron posibles. Al final tuvo unas mil cartas en tres tomos tan cuadrados como el diccionario de Covarrubias, pero ningún impresor de la ciudad se arriesgó a publicarlos, y terminaron en algún despacho de la casa, con otros papeles del pasado, pues ván de la casa, con otros papeles del pasado, pues Tránsito Ariza se negó de plano a desenterrar las múrculas para malbaratar sus ahorros de toda la vida en una locura editorial. Años después, cuando Florentino Ariza tuvo recursos propios para publi-

carse, su costoso trabajo admitiría la realidad de que las cartas de amor habían pasado de moda. Entonces el daba los primeros pasos en la Compañía del Caribe y escribía cartas gratis en la oficina de los Escribanos, los amigos de juventud de Florentino Ariza tenían la certidumbre de que él perdía poco a poco a poco y sin regreso. Así se rodavía cuando regresó del viaje por el río veía algunos de ellos con la esperanza de atenuar los recuerdos de Fermina Daza, jugaba al billar con ellos, fue a sus últimos bailes, se prestaba al azar de ser rifado entre las muchachas, se prestaba a todo lo que le parecería bueno para volver a ser el que fue. Después, cuando el tío León XII lo acreditó como empleado, jugaba al dominó con sus compañeros de oficina en el Club del Comercio, y éstos empezaron a reconocerlo como uno de los suyos cuando ya no les hablaba sino de la empresa de navegación, que no mencionaba con su nombre completo sino con sus iniciales: la C.F.C. Cambió hasta el modo de comer. De indiferente e irregular que había sido hasta entonces en la mesa, se volvió igual y austero hasta el fin de sus días: una taza grande de café negro al desayuno, una posta de pescado hervido con arroz blanco, al almuerzo, y una taza de café con leche con un pedazo de queso antes de acostarse. Bebía café negro a toda hora, en cualquier parte y en cualquier circunstancia, y hasta treinta tacitas diarias: una infusión igual al petróleo crudo que prefería prepararse él mismo, y que siempre tenía en un termo al alcance de la mano. Era otro, en contra de su propósito firme y sus esfuerzos ansiosos de seguir siendo el mismo que había sido antes del tropiezo mortal del amor. La verdad es que nunca volvería a serlo. La recuperación de Fermina Daza fue el objetivo único de su vida, y estaba tan seguro de lograrla tarde o

Propósitos librescos...



Pilar Úcar Ventura



OMPRUEBO los sinónimos del término ‘libresco’ y no me engaña la memoria: algo tiene que ver con fantasioso, además de soñador, romántico, novelesco y hasta ficticio.

Como si uno despegara de la tierra, se olvida de sus raíces y se encuentra con lo libresco; también acude la RAE en ayuda limítrofe a semejante desvarío de familia léxica, al referirse a todo aquello que concierne al libro, por un lado, o al escritor o autor que se inspira en la lectura de los libros (cierto, la inclusión de género no ha llegado a las más novedosas y actuales versiones del DRAE), por otro.

No puedo evitar la imagen de Alonso Quijano; así acabaremos, con la sesera derretida a pesar de estos fríos estacionales y ciclogenésicos.

Al pasar páginas —literalmente a la antigua, o a la de siempre, en papel— me alineo sin dudarlo, con la exdirectora de la Biblioteca Nacional, Ana Santos, que poco o nada lee en

formato digital porque leer un libro es un puro placer, asegura.

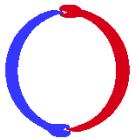
Creo recordar que en alguna ocasión he mencionado el ritual de un libro nuevo: de la contraportada en la que luce la sinopsis, a la solapa delantera donde aparece la semblanza del demiurgo creador; a veces, ojeamos el índice, y siempre, en modo abanico, pasamos una y otra vez las hojas para detectar aroma, olor a libro, a tinta recién impregnada, que vamos a paladejar en cuanto podamos, emulando a un buen sumiller.

Ese sería un propósito libresco: adquirir un libro, no necesariamente comprado: solicitado como regalo, o en préstamo de la biblioteca municipal —reivindico desde estas líneas la labor de las bibliotecarias, en su mayoría mujeres, que nos aconsejaban lecturas en nuestra infancia en los ratos que en silencio pasábamos por las tardes en la sala comunitaria— o recoger más o menos subrepticiamente, un libro de intercambio en el hueco de un árbol o en un banco del mismo parque...

No convendría esperar la primavera, el consabido 23 de abril para regalar rosa y libro, o libro y rosa (que no sé si tanto monta).

A la vez que el discurso social de Feliz Año (el coloquial “feliciano”) a propios y extraños hasta fechas veraniegas, deberíamos apostar por la felicidad de sujetar un libro, tal y como imaginó Antonio Machado a aquel maestro, “mal vestido, enjuto y seco que lleva un libro en la mano” en el poema “Recuerdo infantil”.

Me inquieta saber si en la lista de propósitos “añonueveriles” aparece el de leer un libro y, de hacerlo, en qué lugar: ¿después de ir al gimnasio? No lo creo; me malicio que se posicionaría en los últimos peldaños de esa cuesta que en enero resulta tan dura de subir y de bajar. Quizá la lectura pudiera contribuir a hacerla más liviana.



Sin recuperarnos de la resaca efervescente del premio Planeta, conocemos al galardonado con el Nadal. Elementos externos que animen a la lectura sí que los hay; otra cosa será si el público prefiere ocupar su tiempo en las rebajas que tanto tonifican y activan los circuitos neuronales liberando dopamina y serotonina, aunque sea de forma instantánea y fugaz; la lectura tiene otros beneficios: ejercita el cerebro, reduce el estrés, mejora la memoria, la concentración y el vocabulario, previene el deterioro mental y promueve la salud mental.

Como sabemos al final de *Don Quijote*, el ínclito caballero estaba más cuerdo que toda la patulea de personajes que le circundan y lo cercan a lo largo y ancho de sus aventuras. En nuestro afán ilusorio de nuevas lecturas a principio de cada año, se produce un fenómeno curioso: “Tsundoku”, término japonés que describe esa imagen tan común para muchos: en nuestra mesilla de noche ascienden columnas de libros apilados (“oku”) pendientes de leer (“dokusho”)

Y nos martillea la sensación de culminar la procrastinación o la alegría de posponer las lecturas. Todo novedoso y folletinesco.

Ocurre que mientras el propósito se vaya a cumplir como no, el runrún no rumiarse durante los primeros días de mes con el deseo de leer y mucho, o poco, pero escogido.



¿Y de quién fiarse para llevar a cabo este propósito? ¿Qué consignas seguir? ¿Qué criterio adoptar?

Mirar las listas de los libros más vendidos puede ayudar, pero siempre resultan sospechosas de intereses económicos de editoriales y centros comerciales.

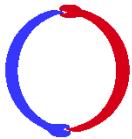
Preguntar al colega que se bebe los libros, o a la librera que está al cabo de lo nuevo y de lo escondido, o a algún familiar que sigue al *booksgrammer* más famoso...

¿Y si revisamos nuestra estantería? Libros encajados y apretujados en vertical y horizontal, porque no hay espacio para la inclinación, que corresponden a lecturas del colegio o a algún volumen que nos regalaron por nuestro cumpleaños, o los que compramos en aquel viaje al extranjero para ponernos las pilas con el francés.

O, sin más, leer el libro que entra por los ojos, porque tiene unas letras preciosas en una cubierta de lujo; elegir un libro porque es un novelón de 800 páginas de un autor consagrado o por su delgadez extrema como el poemario de 15 páginas de una amiga.

Pero, sobre todo, leer, como propósito de enero de 26 y de marzo, de junio y septiembre. Un hábito más estructural que coyuntural.

la que se nos viene, mejor enrocarnos en la fantasía propia e intransferible de cada uno; pertrecharnos en el deseo de inventar nuevos



mundos, fomentar las ganas de participar en los diálogos entre personajes de fábula, viajar a escenas de vendavales fríos y calor humano.

Por mi parte, celebro la llegada del “añonuevo”, y a ese feliz, me gustaría añadir un propósito libreco, sin turbios afanes ni espurias obsesiones.